

minúsculas

Fotografías: Klein. *El cielo en el Valle de San Nicolás (Rionegro)*

El carrusel de los superpoderes

Andrés García Londoño

Se dice que si el siglo pasado fue el siglo de la física, por descubrimientos que van desde la electrónica hasta la bomba nuclear, este promete ser el de la biología, pues la genética podrá hacer realidad cosas que hasta el momento sólo han existido en las imaginaciones más desbocadas. Los menos espectaculares de tales sueños son quizá los que tendrán mayores efectos, como plantas resistentes a las heladas o que puedan tener varias cosechas al año, capaces de terminar con el hambre —pero sólo si evitamos

que las compañías privadas mantengan el control sobre las semillas—. Sin embargo, hay otras creaciones posibles que, aunque quizá no tengan tanto efecto en la humanidad como un todo, por su vistosidad resultan motivo de interesantes divagaciones.

¿Se acuerdan del génesis del hombre-araña? Resumámoslo: Charlie Parker, un estudiante *nerd*, es picado por una araña con la que están experimentando, lo que hace mutar su ADN y de inmediato comienza a desarrollar capacidades como las de lanzar telarañas y subir por las paredes. Luego usa sus capacidades contra los malhechores y, a pesar de sus múltiples dilemas existenciales, protege más bien que mal a su ciudad, con lo que se convierte en superhéroe.

Ahora, lo interesante es que en el mundo concreto en que

habitamos, el debate sobre si se deben o no crear híbridos entre genes humanos y animales —entre otras cosas para hacer una raza de obreros que se encarguen de las actividades más peligrosas y monótonas— se viene dando desde hace décadas. Y si existe ese debate es por una sencilla razón: estamos entrando en una era en que tendremos la capacidad para hacer de tales mezclas una realidad. Este artículo no quiere adentrarse en las profundidades de tal discusión ética —aunque mi posición personal es que sería mejor dejar los genes como están—, pero ello no resulta óbice para dejar correr la imaginación un rato, sabiendo que dentro de poco puede tomar un cuerpo lo que hoy sólo es éter fantástico.

La regla del juego es básicamente una: imagínese que usted

es usted mismo, pero puede transformar su cuerpo como le dé la gana. Y no estoy hablando de “arreglarse” la nariz, hacerse la liposucción o ponerse senos, si tal es su gusto. No: hablo de cualquier cosa. De pensar en grande.

Y hablando de cosas grandes... ¿Por qué no crear un hombre con la altura de un edificio? ¿Sería posible?... Quizás incluso sería lo más fácil. Simple cuestión de cambiar los genes que controlan la estatura. Lo difícil sería lograr que el crecimiento fuera armónico, en particular de los órganos internos, y que los huesos fueran extra-resistentes para soportar el propio peso, así como optimizar el sistema sanguíneo. Pero si los brontosaurios pudieron, ¿por qué nosotros no? Otra cosa sería cómo alimentar a un gigante así sin caer en los dilemas de los liliputienses con Gulliver... En todo caso, sin duda sería más fácil que hacer lo opuesto: hombres adultos más pequeños que un bebé. La razón: la miniaturización es, como bien saben los ingenieros electrónicos, lo más difícil, en particular lo relacionado con los mecanismos para procesamiento de datos (léase, cerebro).

En cuanto a adquirir capacidades estrictamente animales, el problema con ellas es que sólo podrían usarse para poblaciones muy específicas: la capacidad de camuflaje del camaleón, por ejemplo, podría ser muy útil

para un equipo de comandos, pero en una persona común y corriente lo más probable es que lo llevara a acabar atropellado por un bus; desarrollar branquias sería magnífico si fuéramos a construir ciudades submarinas, pero difícilmente tendría sentido en los Andes, los Alpes o los Himalayas. Otro ejemplo, el radar resultaría poco menos que inútil para una especie diurna, terrestre y visual como la nuestra, e incluso se volvería fuente de confusiones en una ciudad por el exceso de ruido ultrasónico. En cuanto a los venenos, definitivamente no los necesitamos, al menos si queremos que la especie sobreviva, pues a veces pareciera que lo único que nos impide extinguirnos es no poder matar al otro cada vez que nos dé la gana sin tener que molestarnos antes en buscar una pistola. Por todo esto, quizá la única mejora común que resultaría deseable para todos los seres humanos sería una mayor capacidad regenerativa: uno nunca sabe cuándo puede perder una extremidad o un órgano y no sobraría poder contar con que otro nuevo nos crecerá al cabo de una semana.

Pasemos a otro punto también común en las historias de superhéroes y es el desarrollo de supersentidos. Allí más bien el problema consiste en escoger cuál de las posibilidades elegir, pues todas tienen su punto ne-

gativo: por ejemplo, si escogiéramos tener la misma vista del águila, capaz de ver a un ratón a kilómetros, perderíamos una de las capacidades más estrictamente humanas: la de leer, pues el águila puede ver a tal distancia precisamente por ser una hipermetrópe extrema. Otra cosa sería el olfato: con uno más agudo sería casi total la información que tendríamos sobre las emociones y el estado de salud de nuestros semejantes, así como sobre dónde han estado y con quién; el inconveniente, por supuesto, es que posiblemente nuestras ciudades actuales nos olerían tanto a cloaca como Londres hedía en el Medioevo, pero seguramente al final nos acostumbraríamos, o le sacaríamos tanto gusto a esos olores como los perros. Un oído más agudo sin duda sería útil para escuchar conversaciones ajenas, pero precisamente eso revolucionaría nuestra sociedad hasta volvernos una comunidad de mudos, pues no habría forma de garantizar el secreto o la confidencialidad de ninguna conversación; por otra parte, sería interesante oír cómo suenan realmente Mozart, Willie Colón o Led Zeppelin con un oído capaz de captar el espectro total de los sonidos en lugar de sólo la fracción que hoy percibimos. En cuanto al tacto, quién sabe si sería agradable sentir más: probablemente por un rato incluso



revista
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
ISSN: 0120-2367

Rector
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general
Martiniano Jaime Contreras
Secretario general
Luquegi Gil Neira

Director: Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Lina María Ruíz Guzmán
Diseñadora:
Marcela Mejía Escobar

Auxiliar administrativa:
Eugenia Álvarez Sanchez
Corrector: Andrés García Londoño

Comité editorial: Jairo Alarcón,
Sandra Arenas Grisales, Carlos
Arturo Fernández, Efrén Alexander
Giraldo, Patricia Nieto, Juan Carlos
Orrego, César Ospina, Martha Alicia
Pérez, Luz María Restrepo,
Alonso Sepúlveda.

Agradecimientos:
María del Rosario Escobar. Departamento
de Comunicación y Cultura. Eafit

Impresión: Imprenta Universidad
de Antioquia, Medellín, Colombia

Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
revudea@quimbaya.udea.edu.co
Página web:
www.udea.edu.co/revistaudea
www.latam-studies.com
<http://oceanodigital.oceano.com/>
Publicación indizada en: MLA,
Ulrich's, CLASE

Canje:
Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia

Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238
Tarifa postal reducida para libros y
revistas N.º 843 de la Administración
Postal Nacional

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

el solo hecho de percibir el aire circulando alrededor significaría experimentar en carne propia todo el *Kamasutra*, pero muy seguramente esto nos conduciría pronto a la insensibilidad por simple sobre-estimulación. Y quizá lo mismo pasaría con el gusto: pronto todos estaríamos comiendo galletas de soda tres veces al día para que el exceso de sabor no nos hiciera vomitar.

Pero el punto más delicado es el final. En la historia humana, la mayoría de nuestras invenciones han servido como prolongación de nuestra fuerza o de nuestros sentidos, desde el motor hasta el telescopio. Sólo dos entre los mayores inventos han sido extensiones de nuestro cerebro: la escritura y el computador; pero han sido precisamente los más grandes, capaces de partir la cronología de nuestra especie en etapas: prehistoria-historia-ciberhistoria. Así, surge una pequeña pregunta: ¿qué pasaría si modificáramos nuestro cerebro con ingeniería genética? Las posibilidades son infinitas: memoria fotográfica y enciclopédica, capacidades lógicas que harían que un solo individuo superase a naciones enteras, e incluso exploración de múltiples posibilidades que hoy viven únicamente en el imaginario colectivo, como la telepatía o la telequinesis... Sí, tantas posibilidades, que definitivamente harían falta mil libros para explorarlas y yo sólo tengo el espacio de esta minúscula que ya se ha extendido demasiado.

Algún día será. Como seguramente un día será real todo lo que aquí se ha descrito, porque los humanos nunca hemos podido resistirnos a las posibilidades de la tecnología, por más ambivalentes que éstas puedan ser.

agarlon@hotmail.com



Pulso y buena letra

Ignacio Piedrahíta

Mi abuelo guardaba un revólver en su cuarto, en el último cajón de una cómoda que usaba como ropero personal. No tuve que esculcar para encontrarlo, él me lo mostró, con la advertencia de que era un juguete peligroso. Recuerdo que era un revólver pequeño, cromado, con cachá de hueso, muy bonito. Mi padre también tenía uno, negro, un 32 que cargaba con balas Indumil. Un día de la adolescencia me lo dejó disparar en campo abierto, contra un barril grande de metal que se encontraba a unos diez metros. No le di. Un amigo de aquellos días, que era dos años mayor que yo, sí acertó en el blanco. Nunca más volví a tocar una pistola, pero no por escrúpulo personal, sino porque de repente el espíritu de la época me presentó las armas como un demonio que debía ser evitado entre gente civilizada. Esta manera de pensar resultó una ventaja para ocultar lo que en otro siglo me habría traído problemas: mi falta de puntería.

No en todas las épocas las armas han sido exclusivas de los criminales, y si nos vamos al caso de los escritores, muchas veces anduvieron armados con algo más que el cañón de su pluma. El primero que se me viene a la cabeza es William Henry Hudson, quien debe un largo periodo de contemplación en la Patagonia argentina a un accidente con una pistola. Aún muy joven, este escritor de origen norteamericano, pero criado en Argentina, se embarcó en un viaje al sur del país con el objeto de observar los pájaros de la región. No bien llegó a Carmen de Patagones, un

amigo lo invitó a dar un paseo a caballo al lugar donde había estado tratando de montar una finca, río arriba. Y tras medio día de camino llegaron a la cabaña donde se guardaban las herramientas de trabajo, entre ellas algunas armas. El amigo se las fue describiendo con fruición, acariciándolas como a cachorros, mientras se las iba pasando al joven Hudson. Acerca de una de ellas, hizo el anfitrión especial énfasis de lo celoso que podía llegar a ser su gatillo, capaz de reaccionar a la menor vibración del aire. Entonces se escuchó un estrépito y saltó de la rodilla del joven escritor y naturalista un fino chorrito de sangre. Salir de allí para llegar al pueblo les tomó dos días completos, y la convalecencia duró más de un verano en el que Hudson debió renunciar al motivo de su viaje, puramente ornitológico, para dedicar las tardes a conversar con los vecinos y observarlos como a sus alados compañeros. Gracias a aquel accidente, compuso su libro *Días de ocio en la Patagonia*, un ocio obligado y lleno de grandes horizontes, en los que la acción del naturalista dio paso a la reflexión del escritor.

Avancemos en el tiempo y entremos en el siglo XX, momento de mayor desarrollo de las armas de fuego. Sin ir muy lejos, partiendo de la misma Patagonia hacia el norte y cruzando el río de la Plata hasta desembarcar en Montevideo, vemos la imagen de otro escritor revisando una pistola; una pistola que no es suya sino de su amigo Federico Ferrando, quien se ha citado en duelo con un crítico literario —noble causa— a pesar de su falta de destreza. Preocupado, el escritor de barba profusa pone a punto la mira, ensaya el seguro que parece muy duro, tapa los dos cañones... ¿Cómo terminará este duelo?, se pregunta



ansioso, a lo que obtiene rápida respuesta: de tanto sobar los mecanismos se suelta un tiro, y la bala que estaba destinada al crítico despiadado va a alojarse en la boca de su adorado amigo. Le dio muerte al instante. ¿Quién otro sino Horacio Quiroga, a quien la muerte rondaba fraternalmente desde pequeño —como si fuera un miembro más de su familia—, podía ser ese infeliz padrino de duelo? De cualquier manera, eran épocas mejores en las que los críticos debían medir sus palabras.

Al final del siglo, tal vez por un hastío generado por las guerras mundiales, las armas pasaron al desprestigio. Ni siquiera para cazar es de buen gusto el uso de las armas. Pero no faltó quien siguiera aficionado a las cartucheras. William Burroughs es conocido por una literatura autobiográfica en las que relata su adicción a las drogas. Pero también la tenía por las armas. Andaba con ellas y desenfundaba de vez en cuando para dárselas de tipo duro, cuando era en realidad más bien tímido y afectuoso en compañía de la gente que le agradaba. En 1951, mientras vivía en Ciudad de México con su esposa Joan Vollmer, un 38 le dejó ver los sinsabores de jugar con candela. Llevaba cinco años de casado, a pesar de que su mira estaba por lo general puesta en los muchachos. Sobre la tragedia se han dado muchas versiones,

pero lo claro es que Burroughs disparó su revólver con intención de darle a un vaso que Joan sostenía sobre su cabeza. El vaso ni siquiera se quebró al caer al suelo, pero la bala se incrustó directo en el parietal de la mujer. La dificultad de establecer los hechos exactos ha radicado, por una parte, en que ni los testigos ni los implicados en la escena estaban en todas sus facultades y, por otra, que el asunto fue objeto del consiguiente proceso legal, y para ello el escritor cambió varias veces la versión de lo ocurrido según las recomendaciones de su abogado. Además, había celos entre los presentes, Joan estaba en un proceso de autodestrucción irrefrenable y Burroughs estaba en medio de una profunda depresión. Él admitió posteriormente haberle dicho a su esposa, momentos antes de dispararle, que se preparara para un pequeño acto al estilo Guillermo Tell. Ella al parecer condescendió sin reparos y se llevó a la cabeza el vaso del que estaba bebiendo. En cuestión de segundos estaba herida de muerte. En un párrafo escrito treinta años más tarde para la reedición de su libro *Queer* (Maricón), Burroughs asegura que él nunca se habría convertido en un verdadero escritor de no haber sido por la muerte de su esposa, que lo confrontó consigo mismo y lo llevó a liberarse del *espíritu malo* por medio de sus libros. La muerte lo curó definitivamente en 1997.

En días más recientes no es muy común escuchar historias de escritores y revólveres, salvo para hacerse daño ellos mismos, como es el caso de Hemingway. La mayoría de los que se dedican a la pluma se desahogan escribiendo columnas de opinión, desde donde se atrincheran y disparan con incuria. De hecho, se ha ido construyendo una idea de que lo intelectual debe

ser ajeno a la violencia. Nadie ha dicho que eso esté mal. Pero que los escritores hayan tomado distancia de las armas tendrá resultados más poéticos que prácticos, si consideramos la falta de destreza que ha mostrado la mayoría para tirar. Como mucho se salvará la vida de uno que otro de sus allegados, la suya propia y, lamentablemente, la de algún crítico literario.

agromena@gmail.com



La cara oculta de un centenario

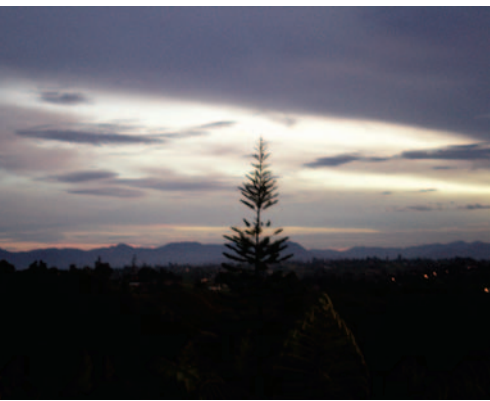
Juan Carlos Orrego

Un siglo después de su nacimiento —ocurrido en Bogotá el 6 de marzo de 1910—, Eduardo Caballero Calderón aparece, en la memoria del lector colombiano, inextricablemente unido a la imagen de un campesino desamparado y con sombrero de alas caídas: a tal punto alcanzaron fama nacional los personajes de escépticas novelas rurales como *El Cristo de espaldas* (1952), *Siervo sin tierra* (1954) y *Caín* (1969). De hecho, en la edición de *Siervo sin tierra* de la Editorial Bedout de Medellín, domina la carátula el rostro dramático —las mejillas secas y la boca abierta regada de muelas hambrientas— de un campesino, pergeñado en tinta aguada por Antonio Caballero Holguín, hijo del escritor.

Llama la atención lo poco que han pesado las otras imágenes literarias de Caballero Calderón en el recuerdo que prevalece de su obra. Ni siquiera el Premio Nadal con que fue distinguido *El*

buen salvaje (1966) logró disolver el cuadro de ruanas e iglesias vigente desde las primeras novelas. La historia de aquel latinoamericano en París —delirante entre el hambre, las drogas y la obsesión de ser novelista— fue declarada no memorable por críticos quisquillosos y lectores esnobistas que vieron en el buen libro colombiano un eco poco original de la personalísima *Ra-yuela* (1963) de Julio Cortázar.

Así las cosas, resultan por completo inimaginables los ambientes de novelas como *La penúltima hora* (1955) y *Azote de sapo* (1975). El argumento de la primera corresponde a una idea que, dos décadas más tarde, habría de cautivar a los productores dramáticos de Hollywood: un avión está a punto de irse a pique y los pasajeros viven, cada uno, su calvario de angustia. En las mismas páginas del libro, el



escritor declara su pretensión de someter a experimento los reactivos de la condición humana: “¿Qué restaría de estos personajes, digo yo, si los suponemos condenados a muerte a corto plazo y conscientes de que van a morir?”.

Mientras tanto, *Azote de sapo* resulta ser la impensada incursión del novelista de la provincia cundiboyacense en el subgénero de la ciencia ficción. La historia es esta: el profesor Frobenius

—cologista holandés— se interna por varios años en tierras de los motilonos, y luego, apertrechado con los secretos que le revelan los hechiceros nativos, consigue que una joven doncella india tenga un hijo suyo tras dieciocho meses de gestación. Guanentá, el mestizo, nace en Suiza y revela precozmente las capacidades de un superdotado; será, antes de la adolescencia, el líder de una guerra planetaria entre jóvenes y viejos que lleva a la humanidad a un imparable cataclismo:

El mundo ardía por los cuatro costados [...] En las ciudades, bandadas de ancianos famélicos y delincuentes escapados de las cárceles vagaban por las calles matando, asaltando y robando en busca de alimentos. Aun en Nueva York y Moscú se registraron casos de antropofagia, de los cuales en un principio se hablaba en voz baja en la intimidad de los gobiernos.

La contienda acaba por resolverse a favor de los viejos gracias al potente expediente de la malicia y la intriga.

A *Azote de sapo* lo recorren escenas que no tienen nada en común con las estampas melancólicas de Tipacoque: lagos alpinos, congresos científicos, laboratorios erizados de probetas, bombardeos atómicos, pueblos en ruinas e, incluso, una versión mesiánica del liberalísimo festival de Woodstock. Las conocidas tentaciones del novelista ante las historias bíblicas —varias veces reescribió la cruenta fábula de Caín y Abel— quizá expliquen también los colores en contraste de sus libros: ganado por las anécdotas del Génesis, también sentiría como propios los retazos del desgarrado telón del Apocalipsis.

Al final de su vida, Eduardo Caballero Calderón se refugió en la actitud satisfecha de quien logró degustar todos los sabores literarios; de quien, a la hora de fabular, echó mano tanto de

los quietos recuerdos infantiles como de las grotescas pesadillas de la humanidad. Cuando, en 1987, le fue ofrecida una columna en *El Espectador*, contestó sin remordimiento: “Estoy harto de escribir y creo tener derecho al silencio”. Murió el 3 de abril de 1993, seguro de haber poblado las comarcas literarias con algo más que siervos desheredados.

languidamente@gmail.com



Los hijos del asesino

Eduardo Escobar

En la vieja disputa entre los partidarios de la dieta vegetariana, cuyos primeros practicantes son para nosotros los mansos discípulos de Pitágoras, y los que opinan que la forma más correcta y saludable de comer debe incluir por fuerza la carne muerta, estos últimos alegan la conformación de la dentadura humana que incluye los caninos, hechos para desgarrar, y aquellos asumen que venimos de chimpancés vegetarianos, y que el vicio de consumir animales muertos es un descarrío evolutivo que además nos convierte en unos bípedos feroces y en indomables guerreros.

Al cabo de montones de libros para aclararme el asunto sigo en la duda. Aunque a medida que los años me pasan por encima, con los estragos naturales del pisoteo, encuentro más desagradables y patéticas las carnicerías con sus mostradores llenos de cabezas, y me repugna más el consumo de cadáveres, también descubro argumentos inquietan-

tes a favor de los consumidores de lomos, espaldas y lenguas arrancadas. Para empezar, los chimpancés, nuestros hipotéticos tíos abuelos, no son los inocentes herbívoros que se creía. Ya se sabe que a veces recurren al asesinato para llenar sus despensas. Y al indagar en mis furias secretas, y descifrando algunos sueños que me visitan, deduzco que quizás yo también albergo engarzado en algún cromosoma del paquete genético a un asesino, a la espera del primer pretexto para ejercitarse.

El buen salvaje americano que pulieron los filósofos del romanticismo, según dejan entrever las crónicas, empleaba una buena porción de su tiempo libre en guerras floridas para cazar carne fresca que ofrendaban en los altares de sus dioses. Y no faltan en los periódicos modernos noticias que dan cuenta de la supervivencia del canibalismo, entre otros desmanes que no es necesario recordar aquí para aumentar nuestra vergüenza.

Debe explicar algunas cosas en el comportamiento atroz del plantígrado que representamos que nuestro protohéroe cultural sea Caín, el primer agricultor, el primer urbanista, y el primero en derramar la sangre de un hermano, según el mito semítico que nos guía. Y refrenda la mala sospecha sobre nuestra condición sanguinaria que el arcaico mandamiento del “No matarás”, fue fundado por el tartajoso de Moisés, un asesino impune, que comandó el genocidio de Canaan. Lo cuenta el Pentateuco que abre nuestro libro santo. Su Dios volcánico lo incitaba a sembrar la desolación en un desierto que no era suyo, y a borrar de raíz la estirpe de sus inventados enemigos, sin respetar mujeres, niños ni corderos. Cuando la religión y la política se juntan suelen producir una mezcla letal. Porque la

religión reviste al asesino de autoridad y lo hace merecedor de subidos elogios y del renombre de los píos. Los altares católicos cuentan entre sus oros a homicidas eminentes, a quienes rendimos tributos de velas y flores. Y en la pintoresca mitología griega abundan ejemplos del consumo de prójimos, hervidos o crudos. El canibalismo ha sido una costumbre de cubrimiento universal, y se usa en el cielo y en la tierra, según eso.

La civilización es, en apariencia, una esforzada carrera en el intento de superar el instinto caínita. La suplantación de la víctima humana por el holocausto de animales representó un avance en el progreso humano aparente. Existen bibliotecas profundas de códigos y declaraciones altisonantes en favor de los derechos humanos, de extraña precisión y llenos de razonamientos ponderados y bien hilvanados. Aunque se sigue masacrando y violando, y la tortura sigue de moda entre sociedades ejemplares por el respeto al individuo, como los Estados Unidos, y antiguas y sabias, como la China. Además, la imposición de los bondadosos reglamentos de los derechos dio pábulo a una vasta crónica de incendios y crueldades. La humanidad oscila entre la matazón y el sentimiento de culpa de ser como es y de hacer las cosas como las hace. La idea de la igualdad contó con los eficientes servicios de la guillotina, que pretendió implantarla rebajando una cabeza a gente escogida por razones judiciales, según leyes escritas, cuando los oradores en su calor lo consideraron necesario. Los asesinos pretextan millones de causas buenas, o de aparente bondad, para justificar la espantosa inclinación. Unos esgrimen la fantasía de un Dios altísimo y clemente, en cuyo nombre condenan y desangran

y prolongan la orgía caníbal. Otros, proclaman su derecho a matar en pro de alguna teoría de la libertad o la justicia, esas grandes palabras que tanto mal nos hacen, dijo un poeta, y que les sirven de apoyo cuando se exacerba el deseo inicuo de matar. Más veraz fue Daniel *El Hachero*, el muchacho envigadeño de mi parentela que en el siglo XIX mató a una familia completa con un hacha y años después al confesarse dijo que había sucumbido a una irrefrenable sed de sangre. En nuestro tiempo, tan sofisticado en otras cosas, incluso el fútbol ha sido convertido en el aliado de la puñalada.

Freud, escarbando en los sótanos de la conciencia, descubrió que el enfermo mental debe hallar una forma de racionalizar sus deformaciones para no desprenderse a sí mismo. Las ciudades en todo el mundo siembran estatuas de asesinos eminentes en los mismos parques donde se lleva a los niños a comer helados, cantar himnos y socializar, y los sustratos de la mente inconsciente reciben el veneno de la enseñanza torcida, para cuando crezcan y se hagan hombres de pro. No se trata de comprobar si los logros —la fundación de la patria, por ejemplo, o el trasplante de la Iglesia de Roma— fueron causas suficientes para que los héroes nacionales o los misioneros reeditaran en mala hora el primer fratricidio de Caín, valido de la quijada de un animal paciente como el burro. Pero vale la pena preguntarse si no existían otros atajos para conseguir los nobles fines de la libertad política y la soberanía, el bien y una moral más razonable. Y si no será posible algún día inventar una patria que invite a vivir en ella, no a morir por ella. En todo caso, alienta la esperanza en algunas minorías estrambóticas para las cuales el

hábito de matar es vergonzoso sin importar la causa que esgrima el verdugo, que piensan que siempre habrá una forma de solucionar los conflictos sin recurrir al derramamiento de sangre, que el heroísmo no consiste en matar, y que la paz es un camino más difícil, si de eso se trata. Y que todas las revoluciones acaban por devorar a sus hijos en un negro Thermidor, porque todo lo fundado por la crueldad acarrea sufrimientos inútiles.

El juego de los valores milicianos del valor, el coraje, el arrojo, y los demás que suelen aclamar los asesinos en nombre de algún bien superlativo, pero siempre relativo, no es más que un entramado de supersticiones, herencia de los tiempos de un chimpancé sanguinario que pasó hasta nosotros como una tradición a través de piratas griegos como Aquiles y Agamenón, y judíos como Moisés y Josué, que son la base de nuestra tenebrosa pedagogía, del enredo en que fuimos educados y en que educamos a nuestros críos. Todas las guerras acaban en algún tratado de paz. Entonces, ¿por qué no darle la oportunidad al tratado desde el principio y evitarnos la hedionda carnicería? Lo demás significa que aún no somos razonables. Que la cacareada superioridad humana sobre las bestias está en ciernes y no es más que una aspiración surgida en algunos espíritus dulces, mientras gastamos este estadio intermedio entre el chimpancé y el Otro que quizás seremos, pero cuyo rostro y modales nos son todavía desconocidos y nos negamos a acoger por miedo a parecer pusilánimes o cobardes.

La mayor contribución del siglo XX al desarrollo humano fueron los movimientos de la no violencia fundados en las ideas de Henry David Thoreau, Gandhi y Tolstói, (en *Guerra y*

Paz describe la eficacia de la no resistencia en una guerra obligada), Martín Luther King, y los niños de las flores del jipismo, que probaron por primera vez la eficacia de la mansedumbre como herramienta para forzar los cambios. La revolución húngara de terciopelo y Gorbachov desmontaron el más cruel de los imperios de la modernidad validos de su buena voluntad apenas. Confiemos entonces en el creciente desprestigio de los asesinos llámense Napoleón, Bolívar o Che Guevara. Y compadezcamos su proclamado valor. Y aguardemos la posibilidad de superar el estado natural del chimpancé en una paz humana, algún día sonriente, que nos espera quién sabe cuándo, quién sabe dónde.

eleonescobar@hotmail.com



Oficio penoso

*Mete el dedo en la llaga y apóyalo bien fuerte.
Ahonda en los temas de los que nadie quiere hablar.
El anverso del decorado...
Sé abyecto y serás verdadero.
Michel Houellebecq*

Paloma Pérez Sastre

Una nota de prensa reciente cuenta que hace seis años una estudiante estadounidense, escasa de recursos para terminar su doctorado en Londres, pensó en un oficio poco exigente y bien pagado. Así se convirtió en *call girl* (prostituta de lujo). Entonces creó un *blog* con el nombre de *Belle de Jour. Diary of a London Call Girl*, sin fines publicitarios, ya que se

inscribió en una agencia; quería contar y comentar, bajo seudónimo, las vicisitudes de esta nueva cara de su vida. Pronto, el diario consiguió seguidores, y convertida en una celebridad, publicó cuatro libros, tres de ellos *bestsellers*, y una serie de televisión. El motivo de la noticia era la reciente revelación de la identidad de la autora. Ahora todo el mundo sabe que *Belle de Jour* es Brooke Magnanti, una médica oncóloga de 34 años, especialista en neurotoxicología y epidemiología, que trabaja como investigadora en un hospital inglés.

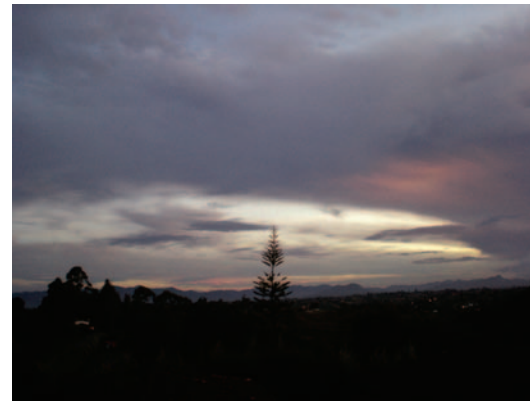
El 13 de noviembre de 2009, divulgó en su diario una nota titulada “Ya no soy anónima”, en la que dice que usó el seudónimo para protegerse, pero que era hora de revelar su identidad y terminar con las malas lenguas, según las cuales tras *Belle* estaría oculto un hombre, o una mujer del común, y que lo narrado sería ficción, entre otras especulaciones:

Belle y la persona que la creó han estado separadas por largo tiempo. Tenía que traerlas de vuelta juntas. [...] Soy una mujer; vivía en Londres; fui una *call girl*. [...] Las personas, lugares, acciones y sentimientos son verdaderos, y yo estoy detrás de cada palabra con orgullo. Gracias por leer y seguir mis aventuras. Love, Bella.

Como se ve, pese a la intención de fusión de las dos mitades, hasta el presente, la narradora del diario es *Belle*; el nombre real de la autora sólo aparece en los libros.

El diario virtual, de glamuroso diseño y rico en información adicional —como la lista de los libros leídos por la autora y vínculos a páginas relacionadas—, trae una producción literaria abundante, capaz de despertar interés cuando enfrenta temas como la manera de depilarse y

lo que piensa de ello, o el vestido que usó tal o cual celebridad; así como con relatos picantes sobre el oficio, o la exposición de un descubrimiento propio de algún refinamiento de una técnica sexual. Se lee con la picada de la curiosidad y el morbo que implican husmear en un diario ajeno y con la misma fruición con que se devora una buena novela. Al



punto de que en diciembre de 2003 ganó el premio “The best of British blogging” concedido por *The Guardian*, en la categoría de mejor escrito. Alguno de los jurados afirmó que se trataba de una obra de ficción y los demás hicieron comentarios como: “...impresionantes piezas de escritura”, “...definitivamente maneja el género del blog, palabra por palabra, frase por frase con mucho mejor efecto que ningún otro de sus competidores”.

No estaban muy equivocados quienes opinaban que se trataba de una obra de ficción, pues la escisión en dos identidades es ya irreal. Al faltar la doctora de carne y hueso, sin el otro trozo de yo de *Belle*, la historia se aleja de lo real; ahí aparece uno de los mecanismos distanciadores; el otro, vaya paradoja, es la fuerte carga de realismo del relato. Por otro lado están las constantes referencias al cine y la literatura que delatan una

amplia cultura, y que harían inverosímil la autoría por parte de una *call girl*.

Pero lo que de verdad sorprende es el hecho de que, durante las entrevistas que siguieron a la revelación de su identidad, Brooks afirmó “Me he avergonzado más por lo que he escrito que por haberme vendido por dinero”. La vergüenza del lado de la escritura, habrase visto. Resulta curioso el parecido con una autora colombiana anónima que en los años treinta, bajo el seudónimo de Berta del Rosal, le envió una obra al editor de *La novela semanal* con una carta que decía:

Voy a excusarme de un crimen que he cometido: he escrito una novela corta [...] A mí misma que soy un tanto traviesa me da miedo lanzarme abiertamente al campo de la literatura. Le tengo miedo a la malevolencia, y como buena mujer me preocupa la moda, el firt y el “qué dirán”. Perdóneme usted por lo tanto que vayan la obra con pseudónimo y el retrato con careta.

La novela de la colombiana es un relato pudoroso y, aun así, la autora sintió la misma vergüenza que Brooke Magnanti, ochenta años después y en un contexto de mayor apertura. También ella siente temor a la malevolencia y a las interpretaciones torcidas. El sufrimiento de la escritura es un mal del que padecen los escritores; la razón que impulsó a Natalia Ginzburg a expresar: “Este oficio es un amo, un amo capaz de azotarnos hasta hacernos sangrar, un amo que grita y condena”. *Belle de jour* parece recordarnos que la desnudez corporal es poco al lado de la desnudez de la escritura, porque en la primera el límite está en la piel; y en la segunda, en la imaginación. Y la imaginación, ya se sabe, delira mientras desparrama

a diestra y siniestra sus efluvios contagiosos.

Sí, la escritura es un oficio solitario y doloroso, pero como dijo Clarice Lispector: “Es una maldición porque obliga y arrastra, como un vicio penoso del cual es casi imposible liberarse, pues nada lo sustituye. Y es una salvación”. Una enfermedad que trae consigo su propio remedio y que también significa redención. Quizás la doctora Magnanti haya sustituido a la *call girl*, pero *Bella* seguirá escribiendo.

palomaperez@une.net.co

Profesora de la Universidad de Antioquia.



Juego de manos

Luis Fernando Mejía

*Los niños han de tener mucha tolerancia con los adultos
Antoine de Saint-Exupéry*

En los días de septiembre de 2009 fue noticia principal de un canal de televisión privado una pelea de manos entre dos muchachitas de catorce años de edad de un colegio de Medellín. El noticiero, en varias emisiones, iniciaba con las imágenes de las colegialas cogidas de las mechas después de haber terminado las faenas de estudio. Luego de mostrar estas escenas, el informativo seguía con las noticias propias de la rutina colombiana, es decir, las referidas a las masacres, los falsos positivos, los atentados terroristas y los corruptos de la semana. El episodio de las niñas se impuso sobre los demás sucesos o, al menos, se ubicó en el mismo rango de las tragedias humanas antes señaladas.

Las colegiales, grabadas gracias a la ubicuidad de los celulares, terminaron el agarrón, cogieron sus mochilas y se fueron a buscar, con buen apetito, el almuerzo que las queridas mamás les tenían preparado. Seguro que así ocurrió. Sin embargo, para los nuevos comerciantes de la información nacional, las niñas delincuentes de las escenas morbosamente repetidas debieron estar craneando un nuevo crimen. No quisieron pensar que las protagonistas, posteriormente, pudieron hasta llamarse telefónicamente para dictarse las tareas aplazadas, pues la fogosidad de sus actos no alcanzó los niveles del odio ni el interés por afectar gravemente la integridad de la otra persona. Pareciera como si los encargados del manejo de la información nunca hubieran estudiado en una escuela o en un colegio donde los muchachos se citan a la salida para saldar los asuntos pendientes, donde es usual que alguien se gane una “machacada” de otro más fuerte o más habilidoso. Esto hace parte del anecdotario de cada estudiante desde tiempos inmemoriales, cuando, afortunada o infortunadamente, no existían los aparatos omnipresentes de ahora, que todo lo ven.

Cogerse de las greñas es mucho más cercano a un juego de manos que a una acción delictiva. Ya es suficiente con los crecientes hechos criminales como para agregar a estos una pelea de niñas que debe ser atendida y corregida por los padres y los maestros, no por los jueces ni por la policía, y menos por la indefinible y oscura opinión de los televidentes. Para que un comportamiento gane la categoría penal debe recorrer varios momentos que van desde el ánimo perverso de los implicados hasta la voluntad de afectar o

poner en riesgo la integridad de las personas o de las cosas, con medios idóneos para ello.

Cabe, adicionalmente, preguntar, ¿si las partes involucradas en el incidente hubiesen sido hombres la noticia habría merecido el mismo despliegue? Tal vez no, pues el machismo vergonzante concede a los individuos masculinos el derecho a usar las manos para la agresión o la defensa, pero no a los integrantes del género femenino. La verdad es que nunca han registrado en los noticieros de televisión agarrones de colegiales hombres, que son más comunes y hasta más peligrosos.

Vender noticias es un negocio jugoso, y para que todos los días lo sea más, actos cotidianos en cualquier civilización humana son retocados o desfigurados hasta convertirlos en hechos insólitos, transcendentales y hasta criminales. Por esta vía, los niños de las guarderías próximamente serán objeto de la mirada sensacionalista de los nuevos traficantes de la información. “Sarita le arrebató el tetero a Juanita”, “Isabelita le jala el pelo a Pedrito”, abrirán los programas de noticias dentro de muy poco, en los cuales el presentador con ceño fruncido comentará las aterradoras imágenes, pedirá la intervención de la fiscalía y, por supuesto, de un grupo calificado de sicólogos, sin perjuicio del cierre del establecimiento educativo. Se olvida intencionalmente que los muchachos están estrenando el cuerpo y por eso no se quedan quietos en el proceso de reconocer las virtudes y las flaquezas de cada parte de él. Todo se reduce a un proceso de autoconocimiento individual, de distinguir, por ejemplo, que la mano no sirve únicamente para coger la cuchara sino para el juego y la defensa personal; luego vendrán, probablemente, algunas fechorías

en la adultez, con un mínimo de movimiento físico.

Habrán luego que acudir a recursos extremos: además de proteger a los niños y adolescentes de los depravados sexuales, habrá que apartarlos de los fisgonos que con cámaras de video ambulantes observarán todos los actos humanos para mercadearlos con el mejor postor. Se registrarán visualmente, de modo inevitable, seres humanos en crecimiento, tan tiernos como crueles, tan bruscos como dulces; en últimas, se verán personas normales pero distorsionadas por el lente pernicioso de un comercio sin escrúpulos.

Contra lo argumentado se dirá que hay jóvenes sicarios, lo cual es cierto, pero también es verdad que son muchachos contaminados por adultos que encuentran en ellos un fácil instrumento para los peores ilícitos. No es imaginable la existencia de jóvenes sicarios sin la intervención e influencia definitiva de mayores de edad. En relaciones puramente juveniles difícilmente se llega a conductas criminales, y nunca en las relaciones infantiles.

Las imágenes descritas no van a desaparecer, pues el afán de lucro de los noticieros privados de televisión aumenta en lugar de moderarse; y todo indica que los sumisos consumidores en sus hogares no le quitan el ojo a lo que quieren mostrar los directores de noticias, quienes en última instancia definen el tamaño, el color, el sabor y la importancia de un hecho. Queda, entonces, un antídoto contra esta lamentable tiranía: un televidente ilustrado, que no tenga inconveniente en apagar el aparato, dispuesto a soñar con aquellos inolvidables juegos de manos con sus compañeros de escuela.

lfmejia@udea.edu.co



Marginalias

Claudia Ivonne Giraldo

Tras larga búsqueda, un arqueólogo encuentra una ciudad perdida bajo capas de tierra y polvo que el tiempo, paciente, depositó durante siglos; en otro lugar, al preparar el terreno en donde se levantará un edificio, la retroexcavadora descubre un cementerio milenario o la tumba de un rey fantástico. Tales asuntos tienen el tono de la emoción que produce la aventura numinosa de encontrar, luego de que el silencio parecía definitivo, la voz de las cosas que pertenecieron a otros, de los huesos que alguna vez fueron dolor y salto, danza y caricia.

No hay que ser, sin embargo, buscador de tesoros; a cualquiera le puede llegar su tesoro, pequeño mensajero de otras épocas: al preparar la pared para pintar, por ejemplo, aparece el ladrillo en el que un lejano albañil dejó su firma con la seguridad de que nadie rasparía la capa de yeso tanto como para encontrarla. O al descoser un ruedo de un vestido, un rizo de pelo, tal vez de la costurera lejana, cae al suelo como una especie de críptica escritura. Y así, las cosas de los que fueron aparecen a veces, fortuitamente, para darnos la lección de lo efímero.

De tal manera di con el libro fechado y firmado en 1928 por su propietaria con esa letra de método Palmer, inconfundible, de los abuelos. Un sello que imita el lacre rojo con bordes negros, indica que fue adquirido en la librería de M. Jovino-Guerrero, en Pasto. Lo compré en una anticuaría en Cali, hace ya casi veinte años, seguramente una tarde en que paseaba por el centro y las cosas viejas me

hicieron el guiño de las mujeres buenas conversadoras.

Es un libro pequeño en el que los hongos del papel han logrado imprimir esa aura magnífica del pasado, que me subyuga como si estuviera ante las puertas de un secreto del que depende la vida entera. Su dueña lo había subrayado, señalado y hasta comentado con exclamaciones, “¡Ah!”, “¡Claro!”, delicadamente, con un lápiz. Se trata de un diario de una muchacha rusa, María Bashkirtseff, que como cualquier heroína romántica, murió tísica a los veintiséis años a mediados del siglo XIX y que fue muy célebre, no sólo porque pertenecía a la nobleza, sino porque en tan corto tiempo logró construir una obra pictórica interesante y, en especial, por dejar su testimonio de vivencias e inquietudes en esa pequeña obra que tituló, *El diario de una vida*.

Escribir versos, cartas y un diario era potestativo de las mujeres talentosas de la época. Se las incitaba a ello y no tenían que hacerlo bajo seudónimo. No pasaba lo mismo con los cuentos o las novelas, géneros considerados mayores por entonces, y no tan aptos para “la sensibilidad y fragilidad de concentración de las mujeres”. María Bashkirtseff confía a su Diario, y a los lectores que supuso, que imaginó para sí misma glorias y honores, y una fama que consideró merecida y justa, cuando aún no contaba con diecisiete años: “Cuando yo muera, se leerá mi diario, que yo considero muy notable. (¡No hubiera faltado más que hubiese resultado de otro modo!). Sin duda, la muchacha fue alguien fuera de serie, y representó a una generación de mujeres que surgió años más tarde y que muchos llamaron “la nueva mujer”. Un poco excéntrica, demasiado pagada de sí misma, tal vez, pero con una conciencia de género tal que no deja de ser conmovedora en alguien tan joven

y en una época tan difícil para las mujeres inteligentes.

Sin embargo, es la otra, la lectora que firmó el libro en 1928, la que con cada hoja que leía se hacía más interesante y más encantadora. Sus subrayados y frases destacadas con signos de admiración, son un lenguaje secreto, una huella críptica de su paso por este mundo, de su arrobamiento ante la muchacha decimonónica. La imagino joven y casada, tal vez leyendo al atardecer en su fría ciudad, haciéndose la misma pregunta de la rusa: “¿Qué será de mí cuando muera y nada quede, ni un recuerdo?” Tal vez entonces escribiera cartas, o un diario; o tal vez bordara o tejiera, ese íntimo lenguaje de las mujeres. Quizás aún viva.

Acaso las memorias que quedaron de muchachas y señoras como ella, reposen en cajones o en cajas olvidadas que esperan por el momento feliz del descubrimiento. Y poco a poco, la literatura, la fotografía, el cine y las ciencias se interesan más por esas calladas protagonistas, para reconstruir una enorme y bella marginalia que cuenta, así, el otro lado de la Historia.

claudiaivonne09@gmail.com



Un tal Hemingway
en *cómic*

Álvaro Vélez

James Joyce, Scott Fitzgerald, Ezra Pound, Ernest Hemingway son autores de *cómic* que viven en la ciudad de París en la década de 1920. Así que

olvídense de que son escritores, porque en la obra de Jason son dibujantes y, al mismo tiempo, personajes de historieta.

En un aparte del *cómic* de Jason, Zelda discute con su marido Scott Fitzgerald: “No sabéis hablar de otra cosa que no sean los cómics. Es lo único de lo que habláis. ¿No podemos hablar de otra cosa?”. Y es verdad lo que dice, porque es justamente de eso de lo que viven estos conocidos personajes quienes, gracias al encanto de este singular *cómic* de Jason, se encargan en toda la historieta de debatir cómo lograr encaminar su creación para ser aceptados por el gran público y, así, conseguir ganarse la vida dibujando historietas.

Escritores que no son tales, sino autores de historietas –en un mundo paralelo en la ciudad de París de la década de los veinte–, intrigas emocionales y, más allá, discusiones frente a la creación misma en *cómic*; esto es lo que Jason (John Arne Saeteroy) hace en su novela gráfica *Hemingway* (editada en español bajo el título de *No me dejes nunca*. Bilbao: Astiberri Ediciones, 2008).

Hemingway es un juego en que el autor toma personajes famosos de la vida real y los traslada a un mundo alterno en donde la historieta es una manifestación con cierta significación, aunque no mucha, porque de todas maneras Joyce, Pound, Hemingway y Fitzgerald viven en constante zozobra económica. Es precisamente esa precariedad financiera lo que explica que la novela gráfica tome un giro abrupto después de unas páginas de inicio, en las que el autor nos ha presentado a los personajes y nos ha mostrado las circunstancias que, finalmente, llevarán a nuestros famosos personajes hacia una situación extrema.

Jason es un dibujante noruego con una obra relativamente reciente. Sus historietas son como

una suerte de dulce envenenado. En principio, se presentan al lector como algo inofensivo, inocuo y hasta trivial, pero cuando los ojos están fijos en la narración Jason aprovecha el momento para sus trucos más característicos: absurdos, al mejor estilo dada; giros extremos en la narración; claras referencias, y también algunas más soterradas, hacia otras artes, en especial la literatura y el cine; homenajes a dibujantes u obras en *cómic* y, sobre todo, unos guiones contruidos con un ingenio que deleita al lector.

Lo más interesante es que, a pesar de que muchas de sus historias tiene un giro radical después de una cuantas páginas (como en el caso de *Hemingway*), o de que todo el *cómic* en conjunto sea absurdo o extraño, buena parte de la magia de Jason es que consigue que los acontecimientos más extraños parezcan algo de lo más normal: una persecución de zombies en su novela gráfica *The Living and the Dead* (Fantagraphics Books, 2006); o el inmortal mosquetero Athos, quien viaja desde París hacia otro planeta para protagonizar una aventura, en algo que podríamos llamar *futuro arcaico*, en *The Last Musketeer* (editado en español como *El último mosquetero*. Bilbao: Astiberri Ediciones, 2008); o el accidente de un niño que desencadena todo un drama en su compañero de juegos, incluyendo fantasías en la infancia y pesadillas emocionales de adulto, en *Hey, Wait...* (Fantagraphics Books, 2001).

En algunas ocasiones, como en el caso de *The Living and the Dead*, Jason sólo utiliza los dibujos, sin globos de textos, para hacer la narración, lo que lo convierte también en un hábil autor de *cómics* silentes. Pero sean mudas o no, sus historietas tienen una estética muy similar. La fisonomía de sus personajes es la de animales antropomorfos, aunque no es posible

distinguir de qué tipo de animales se trata (parecen ser perros, pero uno nunca está seguro de ello). Esos mismos personajes, en el dibujo de Jason, no parecen conmocionarse demasiado ante algunas extrañas circunstancias, como si los absurdos fueran pan de cada día; además, el montaje de sus *cómics* es bastante sencillo en lo formal quizá por eso parezca que sus historietas son muy planas, lo que acentúa aún más los absurdos y los giros radicales en sus guiones.

Volviendo a *Hemingway*, Joyce, Fitzgerald, Pound y Hemingway deciden asaltar un banco para salir de sus aprietos económicos. Y lo que hace Jason en la historieta es contar lo que sucede en ese asalto a partir de la visión de cada uno de los personajes; esa suma de subjetividades nos revelará los detalles del operativo que, finalmente, explicarán todo el hecho en su conjunto al término de la novela. Una vez resueltos los misteriosos detalles del robo, Jason logra dejarnos donde empezamos: un grupo de dibujantes de historietas buscándose la vida, luchando para pagar sus cuentas y tratando de robarle minutos a su agobiada existencia para sentir un poco de afecto de la persona amada.

truchafrita@hotmail.com

Profesor de la Universidad de Antioquia.



La cámara fotográfica y la democracia

Eliseo Gil

Hasta hace poco, la cámara era un artefacto mágico, tan lleno de sutilezas y

particularidades, que nadie se extrañaba de que la fotografía fuera sólo un oficio de iniciados, de profesionales serios. Poseer una, además, costaba un ojo de la cara. Cuando a mi madre, por allá en los años cincuenta, le regalaron una hermosa Rolleicord, alemana, recuerdo que fue un acontecimiento familiar. Era como si le hubieran regalado un anillo de diamantes, el que nunca había tenido. Ahora podía añadir a sus labores hogareñas, siempre tan esclavizantes, un escape, una afición con la cual entretenerse.

Pero pronto su entusiasmo se vino al suelo, revelar los rollos tenía sus costos y tener un laboratorio en casa exigía tiempo, estudio y paciencia, lo que sus críos llorones, siempre tan demandantes, no le permitían. Si alcanzó a tomar algunas fotos, nadie da cuenta de ellas. La Rolleicord, la bella Rolleicord, terminó guardada en algún lugar, lejos del alcance de todos, hasta que, pasados los años, sin saber qué hacer con ella, me relata mi mala memoria, la vendió a algún quincallero ventajoso.

Que mi madre poseyera una cámara, indicaba un cambio de los tiempos. A manos de todos, gracias a los giros de la industria y la técnica, comenzaban a llegar nuevos modelos que hacían menos exclusivo su uso, creándose un nuevo personaje: el fotógrafo aficionado, cuyas intenciones, menos recónditas, estaban dirigidas a documentar la vida familiar, los cumpleaños, los viajes, los sueños de una noche de verano, sin preocupaciones distintas a la de registrar el momento para luego incluirlo en un álbum, evitando así que el olvido arrastrara con todo.

Pero que todos tuviéramos una cámara, como sucedía de manera anticipada con los japoneses, siempre en grupo y

disparando sus *flashes* al menor motivo, todavía demoró algún tiempo. Para que fuera tan común y democrática como un televisor o una radio, la técnica debió cambiar de naturaleza, sobreviviendo como productos de épocas pasadas, quizás más románticas, pero al fin y al cabo sólo como piezas de museo, aquellas obras maestras de la funcionalidad y el diseño, como en su mayoría lo son las viejas cámaras, producto de la evolución de la caja oscura, la aplicación de los lentes y el daguerrotipo.

Atrás igualmente quedó la estampa de aprendices de brujo en que parecían encajar muy bien los fotógrafos tradicionales. Ni la manipulación de los materiales químicos, ni el revelado y secado, ni el habituarse a cuartos oscuros, son necesarios ya; ahora no hay que esforzarse demasiado para conseguir una buena u oportuna foto, todo te lo resuelve, sin muchas vueltas, la técnica digital. Ella te indicará qué hacer cuando se trata de un retrato, un relamido atardecer, un paisaje submarino o los ojos vidriosos de la amada. El automático, por lo demás, puede encargarse del resto y ahorrarte así dudas, cavilaciones y torpezas. La máquina lo hace todo, incluso borrar el trabajo hecho a medias. El proceso posterior de edición e impresión, con la ayuda del computador, valga decirlo, es también un juego de niños.

Que hoy todos tengamos una cámara y que tomar fotografías se haya hecho una afición tan popular, significa además muchas otras cosas. La primera, que hasta el ciudadano más modesto puede participar de la feria y espectáculo en que el mundo se ha convertido, sumándose a la gran diversión, cualquiera sea la hora y la circunstancia, con un simple clic e, incluso, aprovechándose de las subcategorías que trae

todo género, pues nadie está exento de ser visto o fotografiado, convertirse en un testigo incómodo o que saca provecho de sus ventajas. Hoy, avinagrado el hígado, todos podemos ser *papparazis* o agentes privados. Todo es documento.

La segunda, *the last but not least*, fabricar nosotros mismos nuestros quince minutos de fama para lo que basta acudir, si no se tiene a mano la Olympic de



trescientos cincuenta mil pesos, al móvil, iphone, Blackberry, y ofrecer testimonio visual de cada uno de los gloriosos instantes de nuestra existencia, archivarlos y luego mostrarlos al orbe entero a través de Facebook o Twitter. Allí tendrá un lugarcito entre los millones y millones de lugarcitos ocupados ya por otros.

Y si estamos de acuerdo con la idea moderna de que la intención es la que convierte un suceso u objeto cualquiera en arte, gracias a la cámara digital, al fin la proclama surrealista de que todos somos artistas, se ha hecho realidad. Así salga, pues, pixelada tu instantánea, no la borres, piensa simplemente que tu mente funciona como la de Witkins o la de Nereo López, para que de quince minutos tu fama pase a ser eterna.

